

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
1. CÓMO SER UNA DISCÍPULA DEL MAESTRO DE MAESTROS	13
2. MARÍA CÓMO RELACIONARTE CON LA FAMILIA DE LA FE	21
3. LA MUJER DEL POZO CÓMO ENFRENTARTE A TI MISMA TAL CUAL ERES	33
4. MARÍA Y MARTA CÓMO VIVIR CORRECTAMENTE EN DOS MUNDOS	51
5. MARTA Y MARÍA CÓMO CULTIVAR LA ESPERANZA EN TIEMPOS DE PÉRDIDA	63
6. LA MUJER CANANEA CÓMO PERSISTIR EN LA FE DURANTE LAS CRISIS DE LA VIDA	75
7. LA MUJER CON EL FLUJO DE SANGRE CÓMO ENCONTRAR A JESÚS EN TU DOLOR	87

8. LAS DOS VIUDAS	
CÓMO DAR Y RECIBIR DE GRACIA	97
9. UNA MUJER PECADORA	
CÓMO CULTIVAR UNA ACTITUD DE AGRADECIMIENTO	109
10. LA MUJER ENCONTRADA EN ADULTERIO	
CÓMO RESPONDER AL DIOS DE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD	119
11. MARÍA DE BETANIA	
CÓMO HACER DE JESÚS TU PRIORIDAD	129
12. MARÍA MAGDALENA	
CÓMO ANDAR POR FE Y NO POR VISTA	139

PRÓLOGO

Cuando era niña y asistía a clases de la escuela dominical en Detroit, aprendí las historias de Jesús, como cuando caminó sobre el mar y calmó la tempestad, cuando sanó a los enfermos y resucitó a los muertos, cuando alimentó a los hambrientos y cuando echó a los mercaderes deshonestos del templo. Antes que pudiera leer suficientemente bien como para seguir la lectura en un himnario, había aprendido a cantar:

Justo Señor, Jesús, Soberano de toda la creación,
Oh, Hijo de Dios, Hijo de hombre:
Te adoraré y te honraré,
Gloria, gozo y corona de mi alma.

La primera línea tenía sentido para mí: Jesús era un trabajador milagroso e incansable que tenía control sobre toda la creación. La segunda línea, me costaba entender, pero estaba aprendiendo que el maravilloso ser humano, Jesús, también era Dios. Las dos últimas líneas conformaban lo que aun como una niña podía sentir por Jesucristo, aunque no tenía en claro qué significaba “gloria, gozo y corona de mi alma”.

En el transcurso de los años, perdí de vista al Jesús de los Evangelios. Su lugar fue ocupado por un Cristo más abstracto, cuyas perfecciones lo habían suprimido de mi rutina diaria. La mayoría de los libros que leía y de los sermones que escuchaba rondaba sobre el Antiguo Testamento o las Epístolas. Si se precipitaba sobre los Evangelios, era solo para realizar un breve recorrido por los dos puntos culminantes de la encarnación y la expiación sustitutiva de Cristo. Todo de manera indefinida y ambigua. El Jesús de los

Mujeres del Nuevo Testamento

Evangelios era teologizado en una cuidadosa doctrina implantada entre Dios el Padre y el Espíritu Santo. Aunque oraba en el nombre de Jesús diariamente y cumplía mi tarea evangelizadora de dar a conocer a los no cristianos la obra redentora de Cristo mediante su muerte en la cruz, no encontraba a la persona de Jesús particularmente relevante para mi vida.

En 1974 comencé un estudio semanal de tres años del Evangelio según Juan con un grupo de estudiantes en Viena, Austria. La primera parte del capítulo 1 tenía que ver con el Jesús que más había estudiado: el Verbo eterno por Quien todas las cosas fueron hechas. Al enseñar esto, me sentí cómoda, pues era un terreno conocido para mí. Así eran la mayoría de mis estudios. Pero cuando nos adentramos en la vida y el ministerio terrenal del Señor, me sentí menos cómoda con el Jesús que encontré en el Evangelio de Juan. Yo quería que los alumnos de mi clase adoraran a este Jesús y le entregaran su vida a Él. Pero Él hacía y decía cosas raras. Parecía descortés para con su madre. Parecía no importarle si les caía bien a los líderes religiosos o no. El “apacible Jesús, manso y humilde” casi parecía disfrutar al exasperar a las personas y, sin necesidad, poner en evidencia abiertamente sus tradiciones.

Como maestra de la Biblia, me sentí atrapada entre mi compromiso por honrar la integridad de las Escrituras y mi deseo por encubrir las cosas enigmáticas de la vida de Jesús, que podían ofender a los nuevos cristianos y a los no cristianos de mi clase. En el proceso, tuve que luchar con mis sentimientos, hasta ese momento no reconocidos, acerca de la clase de persona que yo pensaba que Jesús debía haber sido. En las páginas del Evangelio de Juan, encontré a un Hombre que no se comportaba de la manera que yo pensaba que el Cristo incorpóreo y espiritualizado de las Epístolas debería comportarse.

Aquello comenzó lo que para mí llegó a ser una permanente fascinación por Emanuel, Dios hecho carne, el Jesús que caminó sobre los caminos polvorientos y senderos montañosos de Palestina. Hace tres años, cuando comencé a trabajar sobre esta serie de estudios,

PRÓLOGO

primero para una clase y más tarde para ser publicados, me encontré profundamente conmovida por las palabras y acciones del Dios-Hombre registradas para nosotros por Mateo, Marcos, Lucas y Juan. A veces, mientras trabajaba en estos capítulos, me sobrevenían poderosas emociones de tristeza, de enojo, de amor y de gozo. Volví a conocer y me enamoré del Salvador del mundo, que resulta ser el Salvador de cada mujer y cada hombre en particular. Encontré a un Hombre lleno de compasión por la mujer atrapada en el alambre de púas de la vida. Me quedé sin aliento al verlo oponerse a las tradiciones y correr enormes riesgos para ofrecer esperanza, nueva vida o una segunda oportunidad a las mujeres despreciadas y degradadas por la acusación de los líderes religiosos. En el proceso, experimenté las palabras descriptivas de Pedro de una manera renovada:

A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas (1 P. 1:8-9).

Si pudiera desearle algo a quien lea este libro, sería que Jesucristo traspase estas páginas hasta llegar a su vida a fin de cautivarla con su maravilloso y arriesgado amor, para que no quiera otra cosa que no sea seguirlo y aprender de Él todos los días de su vida.

1

CÓMO SER UNA DISCÍPULA DEL MAESTRO DE MAESTROS

En 1980, mi esposo y yo regresamos a los Estados Unidos después de casi dos décadas de servicio misionero en el extranjero. Una de las primeras cosas que me impresionaron cuando nos adaptamos a la versión estadounidense de la comunidad cristiana fue el fuerte énfasis en el discipulado. Parecía que cada cristiano que encontrábamos discipulaba a un cristiano recién convertido o era discipulado por otro más maduro.

Las mujeres más jóvenes se acercaban a mí y me pedían que las discipulara. Su pedido parecía algo programado, fijado de antemano. Detesto admitirlo, pero no tenía idea de lo que se supone que debía hacer. Así que me dispuse a escuchar, hacer preguntas y leer libros. Descubrí una explosión de literatura sobre cómo discipular o ser discipulado.

Mucho de lo que encontré, sin embargo, estaba basado en fórmulas: haga estas cinco cosas en este orden y se convertirá automáticamente en el cristiano maduro que Dios quiere que sea. Esto parecía ser algo ingenioso y eficaz, y a nosotros los norteamericanos nos gustan las cosas de esta manera. Si podemos reducir un proceso a una fórmula (¡preferiblemente una que utilice aliteraciones o forme acrónimos!), nos convencemos de que tenemos el proceso bajo control.

Esto funciona en muchos ámbitos de la vida. Las formulas tienen algunos procesos bajo control. Cada receta es una fórmula: tome estos ingredientes y estas proporciones, y combínelos de esta

Mujeres del Nuevo Testamento

manera, y listo el pan de maíz, el estofado o el postre de chocolate. Cualquier mujer que entra a la cocina y prepara una comida, trabaja en base a fórmulas, ya sea que las sepa de memoria o recurra a un libro de recetas. Si hace mucho que cocinamos, no necesitamos recurrir a un libro de recetas cada vez que preparamos una crema o la masa de un pastel.

Para aprender a cocinar bien, comenzamos por seguir las fórmulas (recetas) cuidadosamente. A medida que nos volvemos más expertas, podemos alterarlas a nuestro gusto. Pero ya sea que tengamos cinco antiguos libros de recetas abiertos en la mesa cada vez que preparamos una comida o que hagamos ejercicio de la experiencia culinaria acumulada con los años, estamos combinando ciertos ingredientes en ciertas proporciones de una cierta manera. Usamos fórmulas. Los buenos cocineros y los malos cocineros siguen fórmulas. Ellos simplemente difieren en cuáles usan o en la manera en que las usan.

¿Es el discipulado igual que la cocina? ¿Puedo tener la garantía de que si combino ciertos ingredientes (participar de un grupo de estudio bíblico, pasar un tiempo específico de oración cada día, asistir a tres servicios por semana de la iglesia, testificar a los no cristianos según lo establecido) en ciertas proporciones y en cierta manera, llegaré a ser una cristiana madura?

Para encontrar esta respuesta, decidí observar a Jesucristo a través de los cuatro Evangelios y analizar lo que el maestro artífice de los discípulos les decía a aquellos que lo seguían como tales. Lo que descubrí fue que su contacto con los hombres y las mujeres no parecía ajustarse a ninguna fórmula particular. En palabras de C. S. Lewis, Jesús “no es un león domado”. Él nunca se acercaba a las personas de la misma manera, sino que adecuaba su método a la necesidad exclusiva de cada una.

Jesús procuró el encuentro con una preocupada mujer samaritana y entabló con ella una conversación que la llevó a la fe, tanto a ella como a muchas otras personas de su aldea. Sin embargo, se distanció de su propia madre, para que ella tuviera una relación

CÓMO SER UNA DISCÍPULA DEL MAESTRO...

diferente con Él. Probó a una mujer sirofenicia al denegarle su petición como una manera de conducirla a una mayor fe; pero prodigó la gracia que una viuda ni siquiera había pedido para su hijo que había muerto. A veces, hablaba en parábolas para aquellos que querían respuestas; otras veces, daba respuestas a preguntas que las personas ni siquiera habían preguntado. Se negó a respaldar la opinión de Marta en cuanto a lo que María debería estar haciendo, así como a responder la pregunta de Pedro acerca de qué iba a pasar con Juan.

Pensé en el grupo de mujeres con las que había trabajado en Europa. Ya sea individualmente o en grupos pequeños o grandes, estas mujeres eran particulares. Cada una traía su propia y única experiencia de vida, sus propios temores y sueños, y su propio bagaje a la vida cristiana. Puedo comprar una docena de huevos, y suponer que los doce huevos son bastante iguales y que reaccionarán de la misma manera en una torta “ángel”; pero no puedo suponer que doce mujeres que participan de un grupo de estudio bíblico reaccionarán de la misma manera.

Los programas de discipulado no personalizado me hacen pensar en que es casi imposible que dos mujeres —una de talla 8 y otra de talla 18— usen la misma talla 13 de vestido. Sin una gran modificación al vestido, ninguna de las mujeres se verá bien con él.

No hay dos personas que sean iguales. No solo variamos en estatura, peso y color de cabello; sino en intereses, dones y habilidades. Así como Jesús amoldaba sus respuestas a los individuos de acuerdo a sus necesidades específicas, de la misma manera aprendemos a seguir a Cristo como sus discípulas de acuerdo a nuestra propia individualidad.

Cuando era niña, las personas tenían que conocer su talla de calcetines. Hoy día podemos comprar una talla única que les calza a todos. Ya no tenemos que recordar la talla de nuestros calcetines. Pero seguir a Jesús no es como comprar un par de calcetines. No somos todos iguales.

Ciertamente, se parece más a la obsesión que tuve por una alfombra hace muchos años. Había visto la foto de aquella alfombra

en una revista y podía imaginarla bajo nuestra mesita de café en la sala. Era una alfombra de dos metros de diámetro, con una sola flor circular con montones de pétalos en matices azules y verdes. Lo que me llamó la atención es que, mientras los contornos generales de los pétalos eran similares, ningún pétalo era igual al otro. Si se asemejaban en tamaño, eran completamente diferentes en color o matiz. Aquellas formas variadas le daban a la alfombra su vivacidad.

Cuando veo cómo Jesús se comunicaba individualmente con cada mujer y cada hombre en los Evangelios, descubro que Dios siempre trabaja con originales, no con copias. ¿Quién podría dudar de la originalidad de María Magdalena o de Marta y su hermana María? Como el caso de los pétalos de mi alfombra, no hay dos personas iguales.

Esto no quiere decir que Jesús no tenga metas específicas para aquellos que lo siguen. Él mencionó seis condiciones para ayudarnos a distinguir quiénes son sus discípulos. Lucas registra tres condiciones que Jesús estableció para sus seguidores: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (14:26); “Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (14:27); “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (14:33). Después Juan nos da tres pruebas de un discípulo: “...Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (8:31); “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (13:35); “...en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (15:8).

Esta es una lista de requisitos desalentadora para los discípulos. Parece que Jesús colocó una barra a una altura más alta de la que cualquiera podría saltar por sí mismo. No solo debemos permanecer en su palabra, amarnos unos a los otros y llevar mucho fruto; sino que debemos dejar todo, llevar nuestra cruz y poner toda relación humana en segundo lugar para seguir a Jesús. Con razón “...muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Jn. 6:66).

CÓMO SER UNA DISCÍPULA DEL MAESTRO...

Cumplir los requisitos de semejante lista sería casi imposible, si ser un discípulo fuera nada más que una fórmula, un concepto abstracto. Es difícil dejar todo por algo abstracto. Pero Jesús no nos pide esto. Él nos invita a una relación que cambie a tal grado nuestras prioridades, que lo que una vez nos importaba en demasía, ahora nos importe menos.

La palabra *discípulo* viene de *madsetés*, la cual significa “aprendiz”. Eso es lo que somos, aprendices. Pero somos una clase especial de aprendices. Yo puedo estudiar francés en la escuela sin tener una relación especial con el maestro de francés. Pero no puedo estudiar la vida cristiana como una discípula sin tener una relación especial con su fundador. Esto se debe a que el discipulado como un concepto abstracto se resbala y se desliza de las fórmulas diseñadas para contenerlo. Las relaciones que cambian la vida son dinámicas, no estáticas. Están vivas.

Cuando Jesús se sale de las páginas de Mateo, Marcos, Lucas y Juan para entrar a la sala de mi casa, tengo que tratar con Él como una persona. No es una figura nebulosa en la historia. Tampoco es un conjunto de técnicas contenidas en el Sermón del Monte. Él está vivo y participa dinámicamente del desarrollo de nuestra relación con Él. Debo conocer quién es Él y qué quiere de mí. Más que obtener información factual de Él, también debo llegar a familiarizarme con Él y saber qué puedo esperar de Él. Puesto que está vivo, no muerto, y porque tiene una relación conmigo, no puedo poner esta relación en una caja o esperar que se desarrolle de acuerdo a alguna fórmula.

Es la diferencia entre conocer la fórmula matemática y conocer al matemático. Los datos y fórmulas son fijos. Para sujetar el borde de mi alfombra circular, puedo calcular la circunferencia mediante el uso de πd un jueves de mayo, y puedo seguir calculando la circunferencia con la misma fórmula un viernes de octubre. Conocer al matemático no es para nada lo mismo.

¿Cuál es la diferencia? ¿Una relación produce algo en nosotros que los datos en una fórmula no producen? Las buenas relaciones

Mujeres del Nuevo Testamento

tienen varias características en común. La primera es que nos interesamos en lo que le interesa a nuestra amiga. Lo que le interesa a ella, de repente es de gran interés para nosotras. Descubrimos que sentimos curiosidad por las cosas que le gustan a nuestra amiga, a las que antes ni siquiera les prestábamos atención.

Otra característica de una buena relación es un fuerte afecto. Nos deleitamos tanto con nuestra amiga que queremos pasar tanto tiempo con ella como sea posible. Nuestro corazón está unido por el amor. Este es un lazo más poderoso que cualquier demanda que alguien pueda ejercer en una relación.

Una tercera característica de una buena relación es la confianza. Hacemos lo máximo para ser dignas de la confianza de nuestra amiga y brindarle la nuestra. Esta es, de todas las características de una buena relación, la más frágil. La confianza se edifica lentamente y se destruye muy rápido. Pero cuando está presente, forma un fuerte puente sobre el cual podemos transportar cualquier cosa.

Cuando conocemos a Jesús y comprobamos que es completamente digno de confianza, descubrimos que podemos permanecer en su Palabra. Cuando hemos aceptado que Él nos ama sin condiciones, es más fácil amar a los demás. Cuando lo que importa para Él importa para nosotros, ni siquiera notamos cuando otras relaciones y todo lo que poseemos toma un lugar secundario en nuestra vida.

Lo que parecía una barra colocada a una altura imposible de saltar resulta que no es una barra en absoluto. Es una puerta de entrada para servir gozosamente a nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

No existe tal cosa como un discipulado abstracto. Solo hay discípulos, hombres y mujeres individuales, a quienes Jesús ha encontrado y cuyas vidas está transformando. Jesús trabaja con personas, no conceptos.

Este libro no trata acerca de los seis principios del discipulado. Trata acerca de las mujeres con las que Jesús se encontraba. La que encontró junto a un pozo de agua, en el patio de un templo, en la plaza y fuera de la puerta de la ciudad eran personas comunes y

CÓMO SER UNA DISCÍPULA DEL MAESTRO...

corrientes que conocieron a una persona extraordinaria. Ellas lo siguieron, y sus vidas nunca volvieron a ser las mismas.

Estos son ejemplos reales de mujeres de los Evangelios, que conocieron a alguien que les cambió la vida por el interés que Él demostró por ellas, por su amor incondicional, por su fiabilidad. Su amor permitió que una mujer pecadora mostrara un gran amor. Su interés impulsó a una mujer samaritana a llevar mucho fruto. Su fiabilidad estimuló a María Magdalena a dejarlo todo y seguir a su libertador.

Lo que parece difícil, aun imposible en lo abstracto, se vuelve espontáneamente posible, hasta fácil, cuando entablamos una relación de amor y confianza con Dios el Hijo. Este libro es acerca de mujeres y para mujeres que quieren amar y servir a Jesucristo, y ser sus discípulas.

Preguntas para la reflexión personal o el debate grupal

1. ¿Cómo te sientes acerca de las características que Jesús mencionó de un discípulo?
2. ¿Cuál piensas que sería la más difícil para ti?
3. ¿Cómo puede una relación cambiar la manera de ver estas características?
4. ¿Cómo te sientes acerca de tu propia originalidad o singularidad como seguidora de Jesucristo?

2

MARÍA

CÓMO RELACIONARTE CON LA FAMILIA DE LA FE

Con nuestros cuatro hijos, que ahora rondan los treinta años, Randall y yo experimentamos la dura transición de aprender a relacionarnos con ellos como adultos. Ya no podemos seguir siendo responsables por ellos. Ya no elegimos sus juguetes, su dieta, su ropa o sus amigos. Cualquiera sea la influencia que podamos tener ahora sobre ellos, no puede ser coercitiva. Puede que decidan escucharnos porque nos honran o porque tenemos una experiencia de la cual quieren aprender. Pero escucharnos es una decisión de ellos, no nuestro derecho. Esto exige un cambio interesante en la manera de hablar entre nosotros y en las expectativas que tenemos.

Estos cambios en las relaciones familiares pueden producir tensión para todas nosotras. Como madres sabemos mentalmente que necesitamos soltar a nuestros hijos y motivarlos a ser independientes. Hacerlo de manera constante es otra cosa. Nos sentimos responsables, y nuestros instintos protectores se oponen a lo que sabemos que debemos hacer.

Durante tiempos como estos, podríamos sentir que estamos caminando de puntillas sobre un campo minado. Pero la transición que hacemos cuando nuestros hijos maduran y llegan a ser adultos es insignificante comparada con la transición hecha por una mujer que encontramos en los Evangelios. Su nombre es María, la madre de nuestro Señor Jesucristo.

Ya conocemos la dramática historia de su extraordinario encuentro con el ángel Gabriel, en el cual acepta convertirse en la

Mujeres del Nuevo Testamento

madre del Mesías. Conocemos la historia del dificultoso nacimiento de Jesús en un establo de Belén. Hemos escuchado acerca de los pastores que fueron a adorarlo y de su historia acerca del cielo lleno de ángeles que anunciaban el nacimiento de Jesús. De alguna manera, suponemos que una mujer que trae al mundo a un niño tan especial estaría exenta de algunas de las aflicciones que las madres comunes y corrientes enfrentamos.

Sin embargo, María afrontó una transición aun más dura que la que tú y yo vivimos cuando nuestros hijos crecen. Ella tuvo que aprender a relacionarse de una manera nueva con su hijo Jesús, no solo como adulto, sino como Dios. Su rol como madre tuvo que dar paso a un nuevo rol como discípula o seguidora de Jesucristo. Los hechos que la llevaron a convertirse en una discípula fueron tan importantes, que los escritores de los cuatro Evangelios nos dan a conocer fragmentos de la historia. Un incidente particularmente doloroso es reportado por Mateo, Marcos y Lucas. Esta es la versión de Marcos:

Luego [Jesús] entró en una casa, y de nuevo se aglomeró tanta gente que ni siquiera podían comer él y sus discípulos. Cuando se enteraron sus parientes, salieron a hacerse cargo de él, porque decían: «Está fuera de sí.» (3:20-21, NVI).

Esto comenzó con los rumores que se escuchaban en Nazaret acerca de Jesús. Algunos decían que Él estaba fuera de sí. Otros decían que hacía sus obras por el poder de Beelzebú, el príncipe de los demonios. Aun otros simplemente decían que no descansaba lo suficiente y ni siquiera tenía tiempo para comer. María y sus hijos pensaban en consenso que Jesús se estaba perjudicando a sí mismo y que moriría si nadie se hacía cargo de Él.

Después de hablar acerca de esto en familia, decidieron ir por Él para llevarlo de regreso a Nazaret. Lo mantendrían fuera de la atención pública por un tiempo y se asegurarían de que durmiera lo suficiente y comiera regularmente. Por lo tanto, salieron para la aldea donde Él estaba enseñando.

MARÍA

La preocupación de ellos por la salud de Jesús no estaba mal infundada. Las personas necesitadas que buscaban el toque de Él sobre su vida se agolpaban a su alrededor a todo lugar donde iba. Hombres y mujeres en su desesperación y dolor lo apretujaban por todos lados. Él y sus discípulos trataban de retirarse de las aglomeraciones de personas que lo empujaban, pero hasta en un hogar privado era tal el gentío que ni siquiera podían comer. El relato de Marcos lo resume en los versículos 31 al 35:

Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle.

Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan.

El les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos?

Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

“¿Quién es mi madre y mis hermanos?”. ¡Qué pregunta! ¿Qué debe haber sentido María en aquel momento? ¿Ser rechazada de esta manera después de todos aquellos años de cuidado para con este muchacho que había crecido? Ella había arriesgado su reputación al traerlo al mundo. Había trabajado incansablemente durante su niñez para educarlo de manera responsable. Ahora, al escuchar que preguntaba: “¿Quién es mi madre?”, se vio forzada a reconocer que para Él el vínculo familiar no era tan fuerte como ella pensaba.

De todas las relaciones humanas, pocas son tan profundas como la de una madre con su hijo. Cuando somos madres, llegamos a ser partícipes con Dios de la creación al traer una nueva vida al mundo. ¿Podría haber otro vínculo más fuerte que este?

María era completamente humana. Ella debe haber luchado con la humillación de este rechazo. Si camináramos lentamente junto a ella de regreso a Nazaret tras aquel doloroso encuentro, puede que

la veamos cerrar sus ojos y sacudir su cabeza como si quisiera borrar de su mente esta nueva realidad. No podía ser cierto. Este hijo especial, de quien el ángel había dicho que sería grande y sería llamado Hijo del Altísimo, quien ocuparía el trono de su padre David, ¿seguramente no le daría la espalda a su propia madre!

Pero ¿qué le había dicho aquel anciano llamado Simeón aquel día en el templo de Jerusalén, donde ella y José habían llevado al niño Jesús para su dedicación? ¿No le había dicho que, a causa de este niño, una espada traspasaría su misma alma? ¿Era esto a lo que él se había referido? ¿Podría algo ser más doloroso que el rechazo público de un hijo mayor?

Al caminar por los caminos polvorientos de Nazaret, puede que María haya reflexionado internamente en aquellos emocionantes primeros meses de su embarazo, que habían transcurrido en la región montañosa de Judea con su prima Elisabet. Durante estos tres meses, ellas eran dos amigas íntimas que intercambiaban ideas respecto a los niños que estaban creciendo en su vientre. Sosegadamente, rememoraban las visitaciones angélicas que les habían acontecido. ¿Cómo podía ser que Dios hubiera escogido a María como intermediaria para cumplir su promesa a Israel?

Después llegó el momento para que María regresara a Nazaret, donde tendría que tratar con las miradas y murmuraciones del pueblo. Qué difícil sería explicárselo a su prometido José. ¿Qué pasaría si él se negaba a creer su historia de la visitación del ángel? Pero Dios había convencido a José en un sueño que arriesgara su propia reputación para casarse con ella.

María recordó la pesadez de su embarazo durante aquel inoportuno viaje de Nazaret a Belén. Se estremeció ante el recuerdo de las palabras del encargado de aquella posada: “La posada está llena. No tenemos lugar para nadie más”. Ella volvió a sentir la extenuación de aquel nacimiento sobre una pila de paja de un establo lindante. Demasiado rápido, ella y José tuvieron que arropar a su hijo recién nacido para hacer otro viaje inoportuno, esta vez al suroeste de Egipto.